

cogiendo prendas perdidas, descaba hacerles señas con un pañuelo por que temia nos dexasen allí; pero no queria que lo viesen los de adentro, y en fin bajó una criada de la azotea diciendo, que ya unos Gachupines habian llegado á la Iglesia para que repicasen, y las campanas nos confirmaron inmediatamente esta verdad: hice que las Sras. entrasen en la recamara, puse un hombre junto á la puerta para que avisase luego que llamasen, providencia que debia tomar por parte de la plebe hasta vernos en poder de los nuestros; y en efecto, no tardó en llegar una partida que golpeando á la puerta hice que saliese Merino para ayudarme á abrirla, y el Capitan Tello que habia traído de España para sargento fué el primero que me abrazó: le dixé que tenia allí á las Sras. de Aldama, y embie al Teniente Ibarra de mi regimiento, con un recado al General diciendole que ya teniamos la satisfaccion de estar en poder de los nuestros: é igualmente estaban con nosotros las Señoras de Aldama, y que descaba se les tratase con el mayor decoro.

Al instante bajaron todos, y el gusto que tendríamos de verlos, lo dexó á la penetracion de V. E.

Se las dió á las Sras. su libertad, y un seguro del General para que se fuesen donde gustasen con los que las acompañaban, pidiendome encarecidamente la muger del Licenciado antes de ir-

se, que no olvidase el encargo de su marido, y que procurase para el efecto marchar á Mexico, asi se lo ofrecí; pero advirtiendole que en la Batalla habian sido enteramente derrotados, perdiendo en ella toda su artilleria, provisiones, dinero, coches, y en una palabra todo quanto tenían: y que por tanto, lo único que podia solicitar de V. E. era un Indulto; y entonces me añadió: *y vea V. que llamen á mi marido con las seguridades correspondientes* le contesté que seria difícil conseguirlo; pero que pondria los medios para ello.

Ya he dicho á V. E. el motivo que me impidió el cumplimiento de esta promesa, en virtud de la qual se servirá V. E. resolver lo mejor.

Nosotros nos quedamos llenos de júbilo entre nuestros amigos, no cesando de dar gracias á Dios por tantos beneficios.

Aunque hé procurado detallar los hechos principales, me habré dexado mucho por decir; y por la falta de energia y expresion habrán quedado los sucesos debilmente explicados; pero espero que la velocidad de las victorias de nuestro Ejército nos conduzca á esa Capital, donde á voz viva pueda satisfacer mejor la curiosidad de V. E.

—Dios guarde á V. E. muchos años. Guanajuato 8 de Diciembre de 1810.—Exmo. Sr.—*Diego Garcia Conde.*—Exmo. Sr. Virrey D. Francisco Xavier Venegas.—*Es copia.*

NUMERO 157.

Relacion de lo ocurrido en Guanajuato desde el 13 de Setiembre hasta el 11 de Diciembre de 1810.

Relacion de lo acaecido en esta Ciudad de Guanajuato desde el dia 13 de Setiembre hasta 11 de Diciembre de 1810.

El Jueves 13 de Setiembre de 1810, se dió la noticia al Sor. D. Juan Antonio de Riaño, in-

tendente de esta capital, por D. Francisco Bustamante Capitan del Batallon de ella, de que el Cura de Dolores D. Miguel Hidalgo, asociado de los Capitanes del Regimiento de la Reyna D. Ignacio Allende, D. Juan Aldama y D. Mariano Abazolo, tenían formada una conspiracion para

rsoprender la noche del 1º de Octubre á todos los Europeos avecindados en esta Ciudad, poderandose de sus caudales, y que para esto se habian coligado con los sargentos de este Batallon Juan Morales, Fernando Rosas, é Ignacio Dominguez, y con el Tambor mayor José Maria Garrido, á fin de que estos ganasen á los soldados que estaban de Guardia y alludasen en la empresa.

No quiso el referido Sor. Intendente erer á primera vista semejante denuncia, hasta que por el citado Bustamante se le hicieron ver documentos que justificaban su aserto, ademas que Garrido se delató voluntariamente, manifestando 70 pesos que habia recibido para el proyecto.

Luego que el Sor. Riaño estuvo satisfecho de la verdad del caso mando á Garrido fuese á Dolores y le trajese una noticia individual de las disposiciones del Cura Hidalgo, conminandolo con pena de la vida si no desempeñaba bien el encargo. Interin está se verificaba comisionó al Sargento Mayor D. Diego Berzabal, para la prision de los Sargentos complices, la qual se verificó la madrugada del 14 de Setiembre sin percibir el público la causa de ella; y examinados por el comisionado confesaron de liso en llano todo el hecho. Volvió Garrido de su expedición, y dió parte de que el Cura Hidalgo tomaba con eficacia las medidas para verificar su proyecto en el dia citado, lo que oido por el Sor. Intendente, mandó se le pusiese en la prision que á los demas para que no sospechasen su delacion. Inmediatamente libró orden al Subdelegado de S. Miguel el Grande, para que aprendiesen á los capitanes Allende y Aldama, y que con la mayor violencia pasase al Pueblo de Dolores é hiciese lo mismo con el Cura Hidalgo y D. Mariano Abazolo. Al mismo tiempo encargó á D. Francisco Iriarte, que casualmente se iba á la Villa de San Felipe inmediata al Pueblo de Dolores, que observase los movimientos del Cura y le diese parte de la mas ligera novedad.

El martes 18 de Setiembre, dia en que Guanajuato se hallaba lleno de consternacion y sentimiento, por haberse enterrado al virtuoso y benéfico Europeo D. Martin de la Riva, al acabarse sus funerales á las 11½ de la mañana, llegó un ex-

preso mandado por Iriarte, el que daba parte al Sor. Intendente, que habiendo interceptado el Capitan Allende la orden que SS. mandaba al Subdelegado de San Miguel el Grande que queda referida, se fué á Dolores donde llegó el dia 15 á las 12 de la noche, conferenciando con el Cura Hidalgo se levantó este, y con 5 hombres voluntarios y 5 forzados comenzó su empresa, prendiendo á 7 Europeos de Dolores, incluso el padre Sacristan, confiscando y repartiendo sus bienes, lo mismo hicieron en San Felipe el dia 16 caminando con todos los presos para la villa de San Miguel donde habia executado lo mismo, de donde por momentos con multitud de gentes que se le habian asociado debia venir á esta capital.

Sorprendido con la noticia el Sor. Intendente mandó tocar generala, se juntó el Batallon que estaba sobre las armas, y casi todo el vecindario así Europeos como Americanos, y un gran número de plebe. Al mismo tiempo se veian correr hombres á caballo y á pie por todas direcciones: se cerraron las puertas de las casas. La comunidad de San Diego se presentó en la puerta del Templo enarbolando un Santo Cristo. Las plazas quedaron solas y todo causaba el mayor horror y confusion. Cerciorado el Público del hecho, se le advirtió el mayor empeño de entrar en accion con los enemigos, los que segun el general entuciasmo si entran aquel dia hubieran perecido sin remedio: y se aseguraba estaban á tres leguas de esta Ciudad.

A las 2 de la tarde mandó el Sor. Intendente juntar en las Casas Reales á los Prelados de las Religiones, Eclesiasticos y Vecinos distinguidos, exortandolos y noticiandoles estos hechos, asegurandoles que le parecian muy bastas y fundadas las medidas del cura, y temia con fundamento que dentro de 6 horas seria su cabeza el escarnio del Pueblo. En la tarde se condujeron maderas cerrando las vocascalles principales, con trincheras y fosos, poniendo á los vecinos sobre las armas, estableciendo patrullas de á caballo, mandando abanzadas de á 40 hombres á Sta. Rosa, Villalpando y Marfil, puntos por donde se temia la invasion.

El Jueves 20 á la una de la mañana se tocó generala, por haber dado parte la avanzada de

Marfil de que se descubria gente enemiga, y se puso la Ciudad en movimiento, aunque se advirtió no reinaba ya el entusiasmo que el primer día, pero se atribuyó á lo incomodo de la hora, y este movimiento duró hasta las 2½ de la mañana en que llegó nuevo parte, diciendo no haber nada, y que la causa fué dos balazos que se le antojó tirar al cura de Marfil.

Seis dias se mantubo este genero de fortificación guardandose una vigorosa disciplina en la guarnicion, como en la mejor plaza de armas.

El lunes 24 del mismo amaneció la Ciudad sin las trincheras y cegados los fosos, cosa que se extrañó demasiado hasta que se tubo noticia de que la noche anterior, habia dispuesto el Sr. Intendente hacerse fuerte en la nueva y hermosísima alhondiga de Granaditas, situada en la entrada principal de esta Ciudad, en una pequeña altura, lo qual verificó dicho Sr. retirándose á ella, y llevandose consigo quanto existia en la Real Tesoreria de plata y oro acuñado, en barras, azogue en caldo, Bulas, papel sellado, Archivo, incluso el de la Ciudad, y quantos utensilios existian en aquella Real Casa, con la Caja de Provincia, que contenia los caudales de propios, y bienes de comunidad, señalando una pieza donde asistiesen los Ministros de Real Hacienda y demas oficiales. Hecho esto mandó construir tres trincheras en las tres calles principales que conducen á dicha Alhondiga, con maderas de ensino y fosos en que se trabajaba con la mayor actividad, dexando una especie de plazoleta que circundaba á la misma alhondiga. Hizo entrar en ella al Batallon de Infanteria, dos compañías de Dragones del Principe que vinieron de Silao, la mayor parte de los Europeos y muchos Americanos decentes, todos armados, con lo que se creio seguro de poderse mantener por muchos dias hasta que le llegase alguno de los auxilios que habia pedido con expresos al Exmo. Sor. Virrey de México y al Sor. Comandante de Brigada D. Felix Calleja, y para sostenerse en caso de sitio, acopió todo genero de biberes capaz de mantener por tres ó quatro meses á 500 personas que compondrían la guarnicion del fuerte.

(Véase la nota núm. 1.)—Este acontecimiento tan inesperado puso á toda la Ciudad en el ma-

yor conflicto por ver el desamparo en que habia quedado, reduciendo á un solo punto la defenza; y esto movió al Sr. Alferes Real D. Fernando Perez Marañon, á citar un acuerdo que debia presidir el Sr. Intendente, lo que se verificó la tarde del 26 en la misma alhondiga. El citado Sr. Alferes Real fué el primero que habló en aquella junta, manifestandole al Sr. Intendente el desconsuelo en que se hallaba toda aquella Ciudad por haberse retirado S. S. á aquel punto con toda la tropa, de que resultaba quedar el lugar en un total desamparo, incapaz de defenderse en caso de algun asalto: á lo que contextó el Sr. Riaño que le habia sido indispensable tomar aquel partido, atendiendo á la poca gente que tenia de guarnicion, por lo que habia elegido aquel lugar por mas fuerte, por ser todo de querton y vobeda para poderse mantener en él custodiando los Reales intereses, hasta morir al lado de ellos como lo tenia de obligacion, y que el vecindario se defendiera como pudiera, con lo que terminó el acuerdo y el Sr. Intendente siguió dirigiendo sus obras, tapando por dentro con calicanto una de las dos puertas de aquel edificio, y haciendo preparatibos para la defenza con polvora, balas, y un genero de bombas que se inventaron con los frascos de fierro en que viene embasado el azogue en caldo, los que llenos de polvora y apretados los tornillos, se les hizo un pequeño abujero para ponerles una mecha y arrojarlos á su tiempo á los enemigos, cuyos cascacos hechos pedazos al reventar hicieron el mayor estrago. Los dias siguientes se emplearon en acabar de abastecer el fuerte de algunas cosas que faltaban, y en recoger los mas de los caudales de los Europeos, quienes creyendose allí enteramente seguros, metieron quanto pudieron de dinero, barras de plata, alhajas preciosas, las mercaderías mas finas de sus cajas, baules de ropa, alhajas de oro y diamantes, y quanto tenian de mas valor en sus casas; de modo que en mas de treinta salas de vobeda que tiene en su interior aquel edificio, siendo estas de bastante extension, casi no se podia entrar á ellas por la multitud de cosas que allí se guardaron, de manera que no baxaria de cinco millones á lo que ascendia el valor de lo enserrado en aquella fabrica. Lo del Rey se dice sería como medio mi-

llon de pesos en plata y oro acuñado y sin acuñar y setecientos quintales de azogue en caldo. Otras piezas se hallaban llenas de todo genero de biberes los que con la provision de agua del algi-be, mucho maiz y 25 molenderas que tambien se introduxeron fincaban una cierta esperanza de mantener por muchos dias aquel fuerte, sin reflexar que se halla circundado de alturas indefenzas, como son el cerro de Quarto, el del Benado, la azotea de Belen y otras casas que hacen infructuosa la defenza, como lo acreditó la experiencia.

El día 26 salieron fugitivos de esta Ciudad muchos Europeos que se mostraban los mas valerosos, entre ellos D. Modesto de Villa, D. José Gonzalez, D. Juan Ortiz, D. Juan Portegueda, D. Pedro de la Riva, D. Juan Zamora, y otros que desaparecieron del fuerte, infundiendo su fuga bastante desaliento en todos los vecinos de esta ciudad, de modo que ya no hubo quien asistiera á las abanzadas de Santa Rosa y Villalpando; pues de ochenta personas que las componian, solo quedaron de seis á ocho. Al mismo tiempo cesó el entusiasmo de la plebe, diciendo publicamente en las vinaterías y plazas, que ellos no se metian en nada, y se advertia de la oracion á las diez de la noche gente baxa sentada en las banquetas de la plaza, diciendo que allí esperaban el saqueo, para ver si les tocaba alguna cosa.

(Nota 2ª)—El día 27 por la tarde se abrieron las puertas del Castillo y salió el Sr. Intendente marchando con su gente hasta la plaza mayor, donde la mandó formar en batalla: esta se componia de cosa de trescientos hombres poco mas: la primera y tercera fila de soldados del Batallon con sus fusiles y banderas, y la de en medio toda de Europeos en diversos trajes, y á los lados dos compañías de á 35 hombres de caballeria comandados por los capitanes D. Joaquin Pelaez y D. José Castilla, tan mal montados los mas de los Soldados que los caballos ni hacian al freno, y eran muy ruines y flacos que sin remuda sufrieron las patrullas de las noches antecedentes. Los mas de los soldados y Europeos quedaron de guarnicion en la Alhondiga.

El viernes 28 de Septiembre dia terrible y memorable para esta Ciudad á las once de la

mañana llegaron á la trinchera de la cuesta que sube de la calle de Belen á la Alhondiga D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo, el primero con divisa de Coronel y el segundo de Teniente Coronel acompañados de dos dragones y dos criados con lanzas, y entregaron allí un oficio que traian del Cura Hidalgo para el Sr. Riaño, quien mandó decir por medio de su Teniente Letrado, que era necesario esperasen la respuesta por tener que consultar antes de darla, lo que oido por Abasolo se marchó inmediatamente, dexando á Camargo que aguardase la respuesta, y antes de que se la dieran, pidió licencia para entrar en el fuerte por que tenia que hablar en lo verbal, la que se le concedió, y desde la trinchera se le conduxo con los ojos vendados á usanza de guerra, hasta que llegó á la pieza donde debia estar. Allí se le quitó la venda y estubo en conversacion con el Teniente Letrado, Don Francisco Iriarte, Don Miguel Arizmendi y otros individuos en cuya compañía se le sirvió la sopa, y se mantubo conversando hasta que se le despachó. Interin pasaba esto, hizo juntar el Sr. Intendente á todos los Europeos y oficiales de tropa, y mandó que en voz alta se le leyese el oficio, que acababa de recibir, el qual en substancia decia "que el numeroso exercito que comandaba lo habia aclamado en los campos de Celaya por "Capitan general de America, y que aquella "Ciudad con su Ayuntamiento lo habia reconocido por tal, y se hallaba bastantemente autorizado para proclamar la independencia que "tenia meditada; pero que siendole de obstaculo "los Europeos le era indispensable recoger á los "que existian en este Reyno y confiscar sus bienes, y así le prevenia que se diese por arrestado con todos los que le acompañaban, á quienes "trataria con el decoro correspondiente y de lo "contrario entraria con su numeroso Exercito á "sangre y fuego, y sufrirían el rigor de prisioneros de guerra, firmando Miguel Hidalgo Capitan general de America." Al pié de dicho oficio le decia al Sr. Intendente "que la amistad "y buena ley que le habia profesado le hacia "ofrecerle un asilo para su familia, en caso ad-"verso."

Acabado de ler el oficio dixo el Sr. Intendente

"Sres. ya V. V. han oido lo que dice el Cura Hidalgo: este Sr. trae mucha gente, cuio nmero ignoramos, como tambien si trae artilleria, "en cuio caso, es imposible defendernos. Yo no tengo temor, pues estoy pronto á perder la vida "en compa^ñia de V. V. pero no quiero crean que "intento sacrificarlos á mis particulares ideas. "V. V. me dirán las suias que estoy pronto á "seguirlas." Un profundo silencio siguió á esta peroracion, los mas pensaban rendirse considerando la poca fuerza con que contaban: otros se hallaban con el corazon atravesado de pena en consideracion á sus familias que habian dexado expuestas en la Ciudad, pero temian ser los primeros en lebanar la voz, hasta que lo hizo D. Bernardo del Castillo, diciendo "no Señor no hay que rendirse, vencer ó morir" y oido por los demas, siguieron su dictamen y el Sr. Intendente luego que estuvo satisfecho de la voluntad de todos se salió á contestar diciendo continuamente ¡Ah, Ah, pobres de mis hijos los de Guanajuato.

Con la mayor entereza respondió el oficio al Sr. Hidalgo diciendo "que no reconocia mas Capitan general de la America que al Exmo. Sr. Virey D. Francisco Xavier de Benegas, ni podía admitir otra reforma en el Gobierno que la "que se hiciese en las proximas Cortes que estaban para verificarse, y que en esta virtud estaba "dispuesto á defenderse hasta lo último con los "valerosos soldados que le acompañaban," firmando con tal serenidad como si despachara su correo ordinario. Al pié del oficio le contesta la carta particular al Sr. Hidalgo diciendole "que "la diferencia en modos de pensar no le impedia "darle las gracias por su oferta y admitirla en "caso necesario."

Despachado con esto á Camargo, comenzó el Sr. Intendente á dar sus disposiciones para recibir al enemigo, colocó tropa en la trinchera y el resto con los Europeos, parte en la plasoleta de fuera de la Alhóndiga y parte en la Asotea donde se puso bandera de guerra: las dos compa^ñias de caballeria se hallaban formadas dentro de las trincheras para defenderlas: se proveyó de cartuchos y demas necesarios, tomando la tropa un corto refrezco: algunos sacerdotes y religiosos confesaban al que queria y todo estaba listo;

pero tanto en las alturas como al rededor del fuerte no se veia mas que la pleve sentada como quien aguarda alguna diversion. A la una de la tarde comenzó á entrar el Ejército por la calzada que se componia de muchos indios honderos, algunos de flecha y garrote, los demas de lanza con algunos fusiles: seguia la caballeria compuesta de rancheros con lanzas, espadas y machetes, soldados con toda su forniture de Dragones de la Reyna de San Miguel, y Regimiento de Infanteria de Celaya, que en todo conpondrian 20,000 hombres.

(Nota 3^a)—El fuerte estaba comunicado por una puerta con la Hacienda de platas nombrada Dolores cuia noria y bardas dominaban la calzada y desde allí comenzaron los Europeos á tirar algunos tiros de que murieron tres indios, lo qual visto por los demas se dividieron en dos trozos parte de los de á pié y caballeria tomo por detras de Pardo para subir al cerro de San Miguel baxando los primeros por el Benado y los segundos por la calzada de las Carreras: y el otro trozo todo de á pié tomó por detras de Florez para subir al Cerro del Quarto: de trecho á trecho se veian vanderas de todos colores que parecian ser mascadas puestas en palos con una estampa de Nuestra Señora de Guadalupe. Todos los de á pié se pusieron sobre las asoteas y en sitios donde alcanzaba la honda; al mismo tiempo que otros en el rio quebraban piedras y se las daban á los proveedores que como ornigas subian á todas partes: era tal el aguacero de piedras que en un momento no quedó ninguna persona en la asotea de la Alhóndiga, y esta y el patio concluida la accion tenia una quarta de las arrojadas. El trozo de caballeria que baxó por las Carreras era de 2,000 hombres, los que fueron inundando las calles y llegando á la cárcel dieron libertad á cincuenta y tantos reos de causa criminal y á otros muchos, como tambien á las presas de las recogidas, llebandolos delante con direccion á la Alhóndiga, gritando todos Viva Maria Santísima de Guadalupe y viva la America.

En el transito que hacian por esta Ciudad los de á caballo tiraron varios fusilasos á los balcones de las casas cerradas y gritaban que abrieran las puertas. En la de D. Francisco Mariffo

quebraron la vidriera del balcón y un candil de cristal; y en la de D. Diego Zenteno á mas de varios tiros rompieron las puertas y repartieron á la pleve toda la confiteria.

Situados los honderos en sus puestos, los fusileros en el cerro del Quarto (que solo dista el ancho de una calle de la Alhóndiga) y otros desde el Benado se comenzó la batalla con un fuego tan vivo que no se podian ni comprehender el numero de tiros: el silbido de las balas se percibia por todas partes así como la griteria inmensa de la pleve unida con los indios, que luego dieron providencia de saltar las trincheras á pesar de que estas se hallaban llenas de muertos del fuego que hacia la tropa y los europeos. No tardó tres cuartos de hora en perderse la trinchera á cuio tiempo debia maniobrar la caballeria. En vano se exforzaron los capitanes Pelaez y Castilla, pues los soldados no quisieron obedecer, lo qual visto por el Sr. Intendente mandó tocar retirada adentro del fuerte, y los Indios se apoderaron de los caballos de la tropa, y solo abrian campo delante de la puerta del castillo de donde se les hacia un fuego muy vivo: fué de notar un indio hondero á quien dieron un balazo en la rodilla, el qual con esta herida no cesaba de mover su honda: entonces recibió el Sr. Intendente una pedrada en la mexilla izquierda de que derramó bastante sangre. Serian las dos y media de la tarde quando advirtió SS. que el centinela de la puerta se habia fugado abandonando el fusil, el qual tomó, y puesto con él al hombro hacia de centinela tirando varios tiros con cartuchos que le pedia á un sargento: advertido por este del peligro, no quiso abandonar el puesto, lo qual visto por un cabo del Regimiento de Celaya, preguntó á otros que quien era aquel soldado tan decente, y habiendole respondido que era el Sr. Intendente, dixo pues voy á matarlo, y dando un pequeño brinco para tomar mampuesto, le metió el punto con tal acierto, que le dió la bala arriba del ojo izquierdo, descalabrando la misma á un cabo del Batallon que estaba á sus espaldas: encogió los hombros y calló muerto, terminando sus preciosos dias aquel valeroso Gefé, cuia memoria y el amor que tenia á esta Ciudad, harán eterna su memoria y objeto de compacion por su desgra-

ciada familia. El Sargento Mayor, el Cabo y Sargento relacionados subieron su cuerpo al quarto núm. 21, donde ocurrieron todos á compadecer tal desgracia. Su hijo D. Gilberto se abrazó de su Padre y habiendose levantado exclamó diciendo "al fin mi buen Padre moriste con el honor "que viviste; pero yo no puedo sobrevivir á tu "desgracia" y metiendo mano á una pistola la preparó con animo de quitarse la vida, si no lo hubieran contenido varias personas de respeto y solo se serenó con la protexta de que lo iban á poner en el punto mas peligroso.

Luego que murió el Sr. Intendente se cerró la puerta de la Alhóndiga, y se dividió el ejército parte en las ventanas y parte en la Hacienda de Dolores desde donde se hacia un terrible fuego en todas direcciones: comenzó el Enemigo á dar barrenos en una esquina, á minar por el caño principal para introducirse en lo interior á poner fuego en las puertas y á pesar de los muchos que morian se sucedian otros con ocote y breca para conseguir su intento. No fueron bastantes quince frascos para hacerlos retroceder ni les acabardaba ver morir á sus compañeros, lo qual advertido por el Sargento mayor les dixo á gritos, que era mejor rendirse pues no concebía esperanza de la empresa, entonces unos echaban dinero por las ventanas, otros corrian y tiraban las armas, no habia orden ni obediencia, otros querian morir antes que entregarse, y no se sabe quien dió un balazo al Sargento mayor D. Diego Berzabal de que calló muerto, atribuiendose este hecho á uno de sus mismos soldados que reprehendió: estos se desnudaban tirando las casacas y desde entonces ya no hubo defenza ni cabeza, ni orden: con mucho trabajo se enarbó bandera de paz, á cuio tiempo todavia no ardian las puertas y habiendo cesado el fuego y piedras, se arrimaron los indios y pleve; mas como los de la Hacienda de Dolores no sabian lo que pasaba en el castillo, les hicieron un fuego muy vivo y el hijo del Sr. Intendente sin poderlo contener, arrojaba frascos haciendo uno y otro muchisimo extrago: gritaron todos traicion traicion y sus gefes les dixeran que no se perdonaba vida: pusieron mas fuego á las puertas que ardian y las ganaron á las tres y media de la tarde con una algarara que se per-

cibia en todo Guanajuato; la humareda, los gritos y la multitud acabó de acobardar á quantos estaban dentro, abrazandose unos de los sacerdotes y otros poniendose de rodillas; pero muy lexos de apiadarse comenzaron á matar á quantos encontraban, desnudandolos á tirones, y echandoles con las hondas laso al pescueso y á las partes, y mientras estiraban unos, otros les daban lanzadas acabando en medio de los mas lastimosos clamores: algunos Europeos y Criollos intentaron defenderse é hicieron muchisimas muertes, pero la multitud los vencia. Los de la Hacienda de Dolores intentaron salirse por la puerta falsa que cae al puente de palo, pero quando iban en las caballerizas, la echaron abaxo los indios y plebe, y comenzaron allí la matanza. Refugiados los mas en la noria hacian maravillas de valor, principalmente D. Francisco Iriarte que mató como diez y ocho hasta que le faltó la espada y espiró cubierto de heridas. Allí murió D. Luis Portu y su hermano D. Manuel en la Alhóndiga D. José Manuel Arellano, D. Miguel Carrica, D. José Posadas, D. Tomas Sein, D. Cipriano Urbina y otros muchos cuyo numero fueron cinco en la caballeriza, once en la Vivienda, siete arriba en la noria y cinco que se hallaron ahogados sin herida por haberlos precipitado el miedo con la esperanza de salvarse agarrados de la sogá; pero se corrió con el peso y todos fueron á la eternidad.

Volvamos pues á la Alhóndiga: salieron muchos vivos pero encueros y entre dos de á caballo los conducian al Quartel de caballeria en calidad de prisioneros: solo salió vestido el capitán Pelaez quien les decia que el general lo queria vivo y habia ofrecido por él 500 pesos y de este modo lo cuidaron para recibir el premio que no tubieron. Fueron tambien prisioneros el Teniente Letrado que sacó solo media levita, D. Bernabé Bustamante, D. Angel de la Riva, D. Joaquin Alcayaga, D. Juan Castrillo, D. Felix el boticario, D. Miguel Arizmendi, D. Pedro Telmo, el Padre Septien, el capitán D. Francisco Bustamante (D. José Manuel Bustamante criollo murió) D. Francisco Septien y Montero, los hijos de Bernabé Bustamante, D. Manuel Septien, el hijo del Sr. Intendente, D. Luis Micra, D. Pedro Quixano, D. Pedro Cobo, el capitán Escalera y

otros muchos, que los mas muy heridos escaparon de la pronta muerte, pero no de la prision y fallecimiento que ya se habia verificado en los mas de sus heridas, y de la fiebre que les acometió en la cárcel, sin embargo del mucho cuidado con que se les asistió despues, tanto en medicinas como en alimentos.

A las cinco de la tarde se terminó la accion en la qual murieron ciento cinco Europeos, y casi igual número de los oficiales y soldados del batallón, habiendo perecido muchos indios en casi cuatro horas que sufrieron con bastante cercanía el fuego; pero se ignora el numero de sus muertos porque los enterraron en el rio durante la noche y solo aparecieron cincuenta y tres que se enterraron á otro dia en la Parroquia y unos quantos en San Sebastian. Entre los que murieron son dignos de elogio el Europeo D. José Miguel Carrica por su religion pues le hallaron ciclicos quando lo desnudaron los indios, y les pesó haberlo matado; y el americano Alférez de Dragones del Principe D. José Francisco Valenzuela natural de Irapuato por su valor, pues habiendose quedado á caballo fuera de la Alhóndiga, recibió un palo, y al instante descargó en los Indios sus dos pistolas, y metiendo mano al sable subió y baxó tres ocasiones la cuesta que llaman de Mendizabal, haciendo muchisimas muertes, hasta que con dos lanzas lo sacaron por debaxo de los brazos del caballo, y viendo que ni aun así se moria lo llebaron preso y murió en el camino, repitiendo viva España hasta el último momento.

Como los Indios fueron los primeros que entraron á la Alhóndiga, quedó fuera de ella una multitud de plebe deseosa tambien de participar del saqueo; pero les era imposible entrar: una voz que se esparció de que iba á volar la Alhóndiga quemandose dos quartos llenos de polvora á donde ya llegaba el fuego, hizo que los Indios desamparasen aquel puesto, y que todo el Exército del Sr. Hidalgo corriera, los de á caballo á galope tendido, y los de á pie á los cerros gritando todos que se iba á quemar el castillo, en el qual no se introduxeron mas que tres caxas de polvora por que no la habia en el Estanco. Este suceso dexó en libertad á la plebe para que en-

trara, y comenzara el saqueo, pero no tardaron los indios en volver, y se verificó repartiendose entre todos quanto habia en aquellas oficinas. advirtiendose entre la multitud una muger, que casi encueros salió con una talega de pesos. No se escaparon las bulas, archivos de la Real caxa, todos los comestibles, el maiz, y mas de 60 arrobas de manteca que sacaban en los sombreros. Hubo muchas muertes tanto de ahogados como de puñaladas por pelear cada uno su presa, y todo esto se verificó pisando los cadaveres que así por estar encueros, como por los pisotones, heridas, maiz, arroz y manteca, mesclado con la sangre, quedaron absolutamente desconocidos. Duró la griteria hasta las 8 de la noche en que registradas aquellas bodegas por cuadrillas de hombres nada hallaban de valor y se retiraron sin hacer aprecio de los cadaveres. A las 10 de la noche se dió aviso á 2 sacerdotes de que algunos aun respiraban y fueron con bastante peligro á ministrarles algun socorro. Se hallaban entoncez las trincheras desechas con una multitud de muertos: al rededor de la Alhóndiga no se podia andar de cadaveres: el centro de ella aun humecaban los pedasos de puerta y otros utensilios que quemaron. El suelo era una torta de piedras, maiz, arroz, sal, manteca, sangre y otros destrozos. Las paredes tenian manos estampadas de sangre y regadas de ella por todas partes. Las escaleras no se podian andar de muertos y sangre, y los quartos se hallaban ya sin chapas. El cadaver del Sr. Intendente estaba en cueros, y lo mismo 11 personas muertas en el quarto que estaba S. S. En otros dos quartos estaban algunas personas heridas y con vida; pero encueros y llenos de la mayor afliccion esperando la muerte por momentos; pero algunos indios con lanza dixeron, que ya tenian orden de no matar á nadie, y aun les prestaron una ú otra fresada á los heridos, habiendose encontrado á un Europeo que escapó de la muerte, porque aunque herido pudo echarse ensima tres muertos, para que lo tubieran por tal, y así aguantó toda la noche.

Nota 4ª—Estas son las noticias que pude adquirir de varios enviados que dispuse, y examinaba con cuidado sin poderse saber con realidad ótras mil cosas que allí pasaron y contaban de diversos modos.

Interin esto pasaba en la alhóndiga se executó igual saqueo en las tiendas de ropa, vinaterias, casas y Haciendas de platas de los Europeos, lo qual duró hasta el sabado por la mañana que se echó vando con pena de la vida para que no siguiese el saqueo; pero ya era tarde, y aun siguió en muchas partes sin hacer caso de dicho bando.

En la noche del Viernes no se oya otra cosa que achasos para derribar puertas, barriles que rodaban, tercios de todas clases que pasaban por las calles y multitud de gentes en ellas con ocores, armas y bebiendo con el mayor desorden: entre 10 ó 12 abrian un barril y saciados derramaban el resto, tiraban los frascos llenos; y en fin, seria no acabar pintar el tumultuoso ruido, los gritos de quien vive, la pestilencia de licores y terror que poseia á los abitantes de esta Ciudad, el que se aumentó en extremo por haber tocado á fuego en Belen, y decir las gentes que corrian por las calles, que se abrazaba la Ciudad, y quiso Dios que solo fuera una casa que se quemó entre la Alhóndiga y el convento de Belen, cuyo fuego se cortó brebe.

Amaneció el sabado 29 inconocible esta Ciudad 34 tiendas ya no existian, ni los mostradores ni armazones de ellas. Las casas de los Europeos quitadas hasta las chapas, vidrieras y balcones. No se encontraba en la calle ninguna persona decente y con mucho trabajo se conocia á tal qual de la plebe: todo inundado de hombres con lanzas, machetes, fusiles, flechas y hondas. Con ser dia de fiesta no se dió misa en ninguna parte, y todo era confusion y gritos de mueran los gachupines: á pretexto de buscarlos se metieron á muchas casas y las registraron, viendose pasar por las calles cuadrillas de hombres que llebaban á Europeos, pero ya sin maltratarlos, ni encuerarlos: así trajeron á los de Valenziana y las otras minas donde se verificó tambien saqueo.

Es necesario decir que se escaparon de él, las casas del Sr. conde de Perez Galvez y D. Manuel Portu y que las Haciendas del 1º y del Sr. conde de Casarul no fueron saqueadas enteramente, por que á unas y otras se les puso guardia.

En el citado dia 29 y 30 se vendian efectos á unos precios infimos, como fueron barras de pla-